

—¡Ega, por Dios! Ten un poco de paciencia. Luego te diré...

Sobrecogido por una de aquellas emociones de hombre nervioso, Ega sintió que los ojos se le humedecían y contestó:

—Bien, bien. Si hablé alto, fué porque estaba esto cerrado... No hay prisa.

Y huyó hacia su cuarto, lleno de compasión y ternura. Sentía el tormento de Carlos, comprendiendo que era casi imposible que en un momento pudiera vencer el despotismo de una pasión legítima hasta entonces y que de pronto se convertía en monstruosa, sin perder nada de su encanto y de su intensidad. Y por ahí andaba aterrado, horrorizado, huyendo de su casa y de los suyos, en un trágico abandono, como un excomulgado que teme encontrar ojos puros donde sienta el horror de su pecado.

Y al lado, el pobre Alfonso, sabiéndolo todo, muriendo de pena. ¿Podía él, huésped querido de los tiempos alegres, partir ahora que una oleada de desgracias invadía aquella casa, donde le acogían afecciones más profundas que la suya? ¡Sería innoble! Deshizo la maleta y furioso contra sí mismo y contra todos murmuraba:

—¡Llévese el diablo á las mujeres y la vida y todo!...

Cuando bajó, Carlos había desaparecido. Pero Bautista, triste y enfurrufado, le detuvo para decirle:

--Tenía usted razón. Mañana marchamos para Santa Olavia y llevamos ropa para mucho tiempo. Este invierno empieza mal.

Aquella madrugada, á las cuatro, en plena obscuridad, Carlos cerró la puerta de la calle de San Francisco. Y se apoderó de él un miedo cerval de ir al Ramillete. Estaba seguro de que Ega, su abuelo y Villaça, lo sabían todo, y aunque aquella noche huyese para Santa Olavia, poniendo entre María y él una separación tan alta como el muro de un claustro, nunca más olvidaría el dolor de la infamia en que se despeñara. ¡Su vida moral estaba estragada, estaba perdida!... ¿No sería más lógico abandonarse á su pasión, conculcar todas las leyes humanas y divinas y abismarse en aquel crimen que le envolvía y le mataba? Así pensó la víspera... Pero vió otro horror, un supremo castigo que le esperaba en la soledad dónde se sepultase. Ya sintiera su aproximación, ya la noche anterior estremeció su cuerpo y ya esta noche tendido junto á María, que se adormeció cansada, lo presintió, apoderándose de él, como un primer frío de agonía.

Era, surgiendo del fondo de su ser, muy tenue, pero ya perceptible, una saciedad, una repugnancia hacia ella, desde que sabía que era de su misma sangre. Una repugnancia material, carnal, á flor de piel que pasaba como un escalofrío. Fué primero el

perfume que emanaba de su cuerpo. Fué después el cuerpo de ella, adorado siempre como un mármol ideal, que de repente le apareciera, como era en realidad, demasiado membrudo, musculoso, como el de una amazona bárbara, con todas las bellezas copiosas de un animal de placer. Sus cabellos, de un lustre tan hermoso, parecíanle tener ahora la rudeza de una melena. Sus movimientos en la cama, le habían asustado aquella noche como si fueran los de una fiera lenta y codiciosa que se estiraba para devorarlo. Cuando le enlazaban sus brazos, y le estrechaban contra sus duros pechos, henchidos de savia, le ponían en sus venas una llama que era toda bestial. Pero apenas el último suspiro le moría en los labios, empezaba á retroceder hacia la orilla de la cama con un susto extraño; é inmóvil, encogido entre las sábanas, perdido en el fondo de una tristeza infinita, pensaba en la vida que podría llevar lejos de allí, en una casa sencilla bañada por el sol, con su mujer, legítimamente suya, flor de gracia doméstica, pequeñita, tímida, púdica, que no soltase aquellos gritos lascivos y no usase aquel aroma tan fuerte. Desgraciadamente ahora ya no dudaba. Si partiese con ella sería para sentir el indecible horror de una repugnancia física. ¿Y qué le restaría entonces? ¿Sólo le restaba matarse?

Pero habiendo dormido una vez con ella, sabiendo la consanguinidad que les separaba, ¿podría vivir tranquilamente? ¿Podrían olvidar su culpa su abuelo y su amigo? Aquel asqueroso secreto quedaría entre ellos, manchándolo todo. ¿Qué hacer, Dios santo, qué hacer?

Cuando llegó al Ramillete, los faroles estaban encendidos. Abrió la puerta con cuidado. Tanteaba en el descansillo buscando una vela, cuando á través de la cortina entreabierta, vió una claridad que se

movía en el fondo de la habitación. Retrocedió y se detuvo. La claridad llegaba, creciendo: pasos lentos, pesados, pisaban sordamente la alfombra, y con ella, en mangas de camisa, lívido, mudo, solemne, espectral. Carlos no se movió, angustiado; y los ojos del viejo, enrojecidos, extraviados, llenos de horror, cayeron sobre él, permanecieron fijos en él, escudriñándole hasta las profundidades del alma, leyendo allí su secreto. Después, sin una palabra, temblándole la blanca cabeza, Alfonso atravesó el descanso, donde la luz, cayendo sobre el terciopelo rojo, esparcía un tono de sangre... y sus pasos se perdieron en el interior de la casa, lentos, ahogados, cada vez más débiles, como si fuesen los últimos que debiese dar en la vida!

Carlos entró en el cuarto á obscuras y tropezó en el sofá. Allí se dejó caer con la cabeza entre los brazos, sin pensar, sin sentir, viendo como el viejo pasaba y repasaba delante de él, como un alto fantasma, con la luz rojiza en la mano. El cansancio inmenso que sentía le hacía desear un gran descanso y así su pensamiento corrió al de la muerte. Era la curación perfecta, el asilo seguro. ¿Por qué no ir á su encuentro? Unas gotas de láudano y penetraba en la absoluta paz.

Se metió en la cama, enterró la cabeza entre las almohadas para recaer en la dulzura de aquella inercia, que era algo así como una dulzura anticipada de la muerte, y para no ver en las horas que le restaban, ninguna luz, ninguna cosa de la tierra.

El sol estaba ya alto cuando se oyó un gran ruido y Bautista se precipitó en el cuarto:

—¡Don Carlos, señor! ¡Al abuelo le ha dado un síncope en el jardín y no vuelve en sí!

Carlos saltó de la cama, poniéndose un paletó. En la antecámara, el ama de llaves, de bruces sobre la barandilla, gritaba:

—¡Corra, corra en busca del doctor Azevedo!

Un criado que corría, con el que tropezó en el corredor, le dijo al pasar:

—¡Al pie de la cascada, señor don Carlos! ¡En la mesa de mármol!

Alfonso de Maia estaba allí, en aquel rincón del jardín, bajo las ramas del cedro, sentado en el banco de madera, tumbado sobre la tosca mesa, con el rostro entre los brazos. El sombrero le había caído al suelo; conservaba puesto, con el cuello levantado, su viejo capote azul. En torno, sobre las flores, entre los árboles, refulgía dorado el sol de invierno. Por entre las guijas de la cascada, cantaba el chorro del agua.

Carlos levantó la cabeza, ya rígida, y vió la cara de color de la cera, con los ojos cerrados y un hilo de sangre á los lados de la larga barba de nie-

ve. Después cayó de rodillas en el suelo húmedo y le sacudió las manos, murmurando: "¡Abuelo! ¡Abuelo!," Corrió al surtidor y le roció con agua la cara.

—¡Llamen á alguien, llamen á alguien!

Otra vez le tocó el corazón... ¡Estaba muerto! ¡Estaba muerto, ya frío, aquel cuerpo que, más viejo que el siglo, resistiera tan formidablemente, como un gran roble, á los años y á los vendavales! Allí murió solitariamente cuando ya estaba alto el sol, en aquella tosca mesa de piedra donde apoyara la cabeza cansada.

Cuando Carlos se levantó, llegaba Ega envuelto en una bata. Carlos se abrazó á él temblando y ahogándole los sollozos. Los criados miraban en derredor, aterrados y silenciosos. El ama de llaves gemía con las manos en la cabeza:

—¡Mi buen señor! ¡mi buen señor!

El portero llegaba con el doctor Azevedo. Era muy joven y saludó á todos, y después, habiéndose quitado los guantes, examinó todo el cuerpo de Alfonso con exagerada minuciosidad. Luego, dirigiéndose á Carlos, murmuró unos términos técnicos. Sentía de veras el tremendo disgusto. Si en algo podía ser útil, no había más que mandarle.

—Muchas gracias—balbuceó Carlos.

Ega, en chinelas, dió algunos pasos por el jardín para indicar la puerta al doctor Azevedo.

Carlos estaba enfrente del viejo, sin llorar, anonadado por el espanto de aquel brusco fin. Veía á su abuelo vivo y fuerte, fumando al lado de la chimenea, regando los rosales por la mañana, y aquellas imágenes pasaban en tropel por su alma, dejándola cada vez más dolorida y negra. Y sentía un deseo de acabar también, de recostarse en aquella mesa de piedra, y sin otro esfuerzo, sin sentir nin-

gún otro dolor de la vida, caer como él en la sempiterna paz. Un rayo de sol, filtrando entre las ramas del cedro, hería el rostro del muerto. Los pájaros cantaban. Ega tocó en el brazo á Carlos.

—Es necesario llevarlo arriba.

Carlos besó la mano fría, que colgaba, y despacio, temblándole los labios, levantó al abuelo por los hombros. Bautista corrió á ayudarle. Ega cogió los pies del viejo. A través del jardín, de la terraza y del despacho, lo transportaron en silencio, que únicamente turbaban los pasos de los criados que corrían á abrir las puertas y acudían cuando Carlos ó Ega flaqueaban bajo el peso de aquel cuerpo robusto. Le dejaron, por fin, en su cama, sobre la colcha de seda azul, con arabescos claros.

Ega encendió dos candelabros de plata. El ama rezaba de rodillas. Carlos entretanto, sollozando, volvía á menudo, movido de una última y absurda esperanza, á tocar las manos y el corazón del viejo. Con su chaquetón de veludillo, sus gruesos zapatos blancos, Alfonso parecía más robusto y mayor sobre la estrecha cama: entre el cabello de nieve, cortado al rape, y su larga barba, la piel tenía un tono de marfil antiguo, donde las arrugas tomaban la rudeza de entalladuras de cincel: los párpados helados, de pestañas blancas, descansaban con consolada serenidad; y al tenderle en el lecho, una de las manos quedó abierta y puesta sobre el corazón en la sencilla y natural actitud de quien tanto por el corazón viviera!

Carlos se abismaba en aquella contemplación dolorosa. Se desesperaba de que el abuelo hubiese partido para siempre, sin haber cambiado un adiós, una palabra cariñosa. ¡Nada! Apenas aquel mirar angustiado, cuando pasó con la veia encendida en la mano. Ya entonces iba andando hacia la muerte.

¡El abuelo lo sabía todo y de aquello murió! Y aquella certeza destrozaba su alma con golpes repetidos y lúgubres. ¡El abuelo lo sabía todo y de aquello muriera!

Ega le indicó con un ademán el estado en que se hallaban, él con la bata y Carlos con el gabán sobre la camisa de dormir:

—Es necesario vestirnos.

Carlos balbució:

—Sí, vamos á vestirnos.

Pero no se movía. Ega le cogió suavemente por el brazo. Andaba como un sonámbulo y se pasaba el pañuelo por la cabeza y por la barba. De pronto en el corredor, retorciéndose las manos, exclamó en un desahogo de toda su culpa:

—¡Ega, querido Ega! El abuelo me vió esta mañana cuando vine y pasó y no me dijo nada... ¡Lo sabía todo y eso fué lo que le mató!...

Ega lo arrastró, consolándole. ¡Qué tontería! El abuelo tenía casi ochenta años y una enfermedad del corazón... ¡Desde que volvió de Santa Olavia, habían hablado de eso, muchas veces, aterrados! Era absurdo apenarse con semejante idea.

Carlos murmuró despacio, como para sí mismo, con los ojos clavados al suelo:

—¡No! ¡Es extraño, pero es verdad! Acepto esto como un castigo. Quiero que sea esto como un castigo. Siéntome muy pequeño, muy humilde ante quien me castiga así. ¡Esta mañana pensaba en eso, en matarme, ahora no! Mi castigo es vivir sin consuelo... ¡Cuánto siento que no me haya dicho *adiós!*

De nuevo las lágrimas se le saltaron lentas, sin desesperación. Ega lo llevó á su cuarto como un niño y lo dejó en el sofá llorando con llanto continuo y tranquilo, que le iba lavando, aliviando el co-

razón de todas las angustias confusas y sin nombre que en aquellos últimos días le sofocaban.

Al medio día, Ega acababa de vestirse cuando Villaça entró en el cuarto con los brazos abiertos.

—¿Cómo fué eso? ¿Cómo fué eso?

Bautista le mandó avisar por un lacayo; pero el chico nada le pudo contar y ahora, abajo, el pobre Carlos le abrazara, bañado en lágrimas, sin que le pudiera decir otra cosa sino que se entendiera con Ega... Y allí estaba.

—¿Pero cómo fué, como fué, así, de repente?

Ega contóle cómo le habían encontrado por la mañana en el jardín, caído sobre la mesa de piedra.

Villaça se llevó las manos á la cabeza:

—¡Qué desdicha! ¡Créalo usted! ¡Fué esa mujer, esa mujer, quien le mató! ¡No fué nada más! ¡Fué eso!

Ega murmuraba echando maquinalmente agua de colonia en el pañuelo.

—Tal vez sí, á ochenta años y teniendo una enfermedad del corazón, un disgusto así pudo matarle.

Hablaron entonces del entierro, que debía ser sencillo como cumplía á hombre de tan morigerados gustos. Para depositar el cuerpo hasta trasladarlo á Santa Olavia, Ega se acordó del panteón del marqués.

Villaça se tocaba la barba vacilando:

—Yo también tengo un panteón. Fué el mismo don Alfonso de Maia quien lo mandó levantar para mi padre, que en gloria esté. Paréceme que por algunos días estará perfectamente allí. Así no habrá que pedir nada á nadie y será una honra para mí...

Ega convino en ello. Después fijaron otros detalles de invitación y hora. Villaça miró el reloj y se levantó.

—Bien, voy á dar estos tristes pasos y luego vuel-

vo, pues quiero verlo por última vez. ¡Quién lo había de decir! ¡Anteayer aun jugué con él y le gané quince pesetas, pobrecito!

Una oleada de recuerdos le sofocó y huyó enjugándose los ojos.

Cuando Ega bajó, Carlos vestido de luto, estaba sentado ante la mesa de su despacho y tenía la pluma en la mano. Al ver á su amigo se levantó y arrojó la pluma.

—¡No puedo! Escríbele tú á ella, cuatro palabras.

Ega tomó la pluma y escribió una carta muy corta. Decía así: "Muy señora mía: Don Alfonso Maia, „murió esta mañana de repente, de una apoplejía. „Comprenderá usted que en estos momentos Carlos, „sólo puede pedirme que le transmita á usted esta „triste noticia. Me ofrezco de usted, etc.,„ No la leyó á Carlos y dió orden á Bautista de que la enviara á la calle de San Francisco. Bautista dijo al oído á Ega:

—Es preciso acordarse de los trajes de luto para los criados...

—De eso cuidará el señor Villaça.

Tomaron un te en un momento, y después Ega escribió cartas á don Diego y á Sequeira, que eran los dos amigos más antiguos de don Alfonso. Carlos no quiso que manos mercenarias tocasen á su abuelo, y él y Ega, ayudados por Bautista, venciendo su emoción, lavaron, vistieron y colocaron en el ataúd de encina el cadáver, sobre cuyo pecho colocó Carlos una miniatura de su abuela Runa.

Por la tarde bajáronle al despacho, y encima del ataúd un Cristo de Rubens abría los dolorosos brazos. A los lados ardían doce candelabros de plata. Ega quemó un poco de incienso en dos perfumadores de bronce. Anchas palmas de estufa cruzábanse en la cabecera del ataúd, entre ramos de camelias.

Por la noche apareció don Diego, solemne, de frac. Acercándose á Ega miró aterrado el ataúd y sólo pudo murmurar:

— Tenía sólo siete meses menos que yo.

El marqués llegó tarde, muy abrigado y trayendo un gran cesto de flores. Craft y Cruges nada sabían y recibieron la primera noticia al ver cerrada la puerta del Ramillete. El último en llegar fué Sequeira, que pasó el día en una quinta, y que abrazó á Carlos y después á Craft, balbuceando:

— Se fué mi antiguo amigo... ¡No tardaré en seguirle!

Y empezaron las visitas de pésame, y las doce llamas de las velas ardían muy altas, con solemnidad funeraria, y los amigos hablaban en voz baja. Poco á poco el calor, el perfume del incienso y de las flores, obligaron á Bautista á abrir una de las ventanas. El cielo estaba estrellado, un viento fino susurraba entre las ramas del jardín.

Ya tarde, Sequeira, que no se había movido de un sillón, con los brazos cruzados, tuvo una basca. Ega llevólo al comedor y le reconfortó con una copa de cognac. Tomando un poco de Burdeos y un emparedado, Sequeira se reanimaba y recordaba lo pasado. Carlos apareció, dió una vuelta por la mesa y se alejó. Llegó hasta la antecámara. Una figura flaca y negra surgió de la escalera. Dos brazos le enlazaron. Era Alencar.

— Nunca vine aquí en los días felices. Aquí estoy en la hora triste.

El poeta siguió por el corredor de puntillas, como si atravesase la nave de un templo.

Carlos, entre tanto, dió algunos pasos por la antecámara. En un diván había un gran cesto con una corona de flores y una carta. Reconoció la letra de María. No la tocó y volvió al despacho.

Alencar, delante del ataúd, dijo:

— Fué un alma de héroe.

Las velas se iban consumiendo. Bautista hizo servir café en el billar y allí, apenas recibió su taza, Alencar, rodeado de Cruges, de Taveira, de Villaça, empezó á hablar del pasado.

— Créanme, créanme, amigos, no queda ya gente como estos Maias; ¡almas de leones, generosos, valientes!... Todo muere en este desgraciado país. ¡Se marcha la luz, se marcha la pasión... Alfonso de Maia! Parece que aun le veo en el palacio de Bemfica, con su ancha corbata de raso y aquella cara noble de portugués de otros tiempos! ¡Cuánta tristeza! ¡Qué desolación tan grande!

Nublábasele los ojos y se bebió una cantidad enorme de cognac.

Ega, después de tomar un sorbo de café, volvió al despacho, donde el olor de incienso recordaba vagamente la melancolía de las capillas. Don Diego, estirado en el sofá, dormía; Sequeira, enfrente, dormitaba también. Ega les despertó suavemente. Los dos viejos amigos, después de abrazar á Carlos, partieron en el mismo carruaje. Alencar fué el último en salir y dijo á Ega:

— Lo que me consuela es que quedan ustedes, los mozos, la gente nueva. ¡No me olviden! Sino, cuando quiero hacer una visita he de ir al cementerio. ¡Adiós!

El entierro fué al día siguiente á la una. Ega, el marqués, Craft y Sequeira, llevaron el ataúd hasta la puerta, seguidos por el grupo de amigos, donde destacaba el conde de Gouvarinho, solemnisimo, de gran cruz. Steinbroken y su secretario aparecieron también. Todo el trayecto estaba lleno de curiosos, y la policía se peleaba con los cocheros. El cortejo era imponente. Después de salir todos los acompa

ñantes, cerróse finalmente en señal de luto la puerta del Ramillete.

Cuando Ega volvió del cementerio encontró á Carlos rasgando papeles, mientras Bautista hacía la maleta, y al ver que Ega, pálido y estremecido de frío, se restregaba las manos, Carlos dijo que en el *fumoir* había lumbre.

Apenas entraron, Carlos cerró la puerta y dijo á Ega:

—Temes hablar con ella?

—No; ¿qué le he de decir?

—¡Todo!

Carlos se colocó al lado de Ega, que estaba junto á la chimenea.

—Deseo que se marche á París... Sería absurdo permanecer en Lisboa. En cuanto á liquidar lo que le pertenece, hay para un mes por lo menos. Villaça vendrá dentro de poco para hablar de eso. De todos modos, llévale mañana para marchar quinientas libras.

Ega murmuró:

—Tal vez para esas cuestiones de dinero fuera mejor enviar á Villaça.

—¡No, por Dios! ¿Qué necesidad hay de hacer llorar á la pobre mujer delante de Villaça?

Reinó un corto silencio. Ambos miraban las llamas del hogar.

—Estás derrengado, ¿verdad, pobre Ega?

—No, estoy ya embotado. Lo mejor es acabar de pasar este mal trago y descansar luego. ¿Cuándo vas tú á Santa Olavia?

Carlos dijo que dentro de poco y recordó que era preciso trasladar allí el cuerpo del abuelo.

—Después de eso voy á viajar; me voy á América ó al Japón, muy lejos. Es el único sistema de distraerse...

Se encogió de hombros, miró por la ventana, y después, volviendo para Ega, le dijo:

—No me atrevo á decirte que vengas conmigo...

¡Lo deseo pero no me atrevo!

Ega dejó las tenazas, se levantó y abrazó á Carlos.

—Atrévete, hombre. ¿Por qué no?

—Pues entonces, ven.

Carlos puso en estas palabras toda su alma. Y al abrazar á Ega corrían por su rostro dos grandes lágrimas.

Ega reflexionó. Antes de salir para Santa Olavia quería ir á Celorico á fin de arrancarle á su madre algunas letras de cambio. Y como Carlos le dijera que era bastante rico para el lujo de ambos, Ega insistió:

—No, no, mi madre es bastante rica también, y como un viaje á América ó al Japón completan la educación de un hombre, mi madre tiene el deber de completar la mía.

Cuando por la noche llegaron á la estación acompañados por Villaça, Carlos apenas tuvo tiempo de saltar en un departamento reservado. El tren partió inmediatamente. Carlos se asomó á la portezuela y gritó á Ega:

—¡Mándame mañana un telegrama con lo que ha ocurrido!

Al volver al Ramillete con Villaça, Ega habló de las quinientas libras que debía entregar á María Eduarda. Villaça había recibido tal orden de Carlos, pero encontraba excesiva la suma. Además de eso, Carlos habló de pasar á esa señora una renta mensual de 4.000 francos. ¿No le parecía mucho?

Ega recordó que aquella mujer tenía derecho legal á mucho más.

—Sí, sí— murmuró el procurador;—pero de eso no hablemos... Se ha de ver lo que resulta.

Después, como Ega aludiera á la fortuna que dejaba Alfonso de Maia, Villaça dió detalles. Era una de las mejores casas de Portugal. Sólo lo que provino de la herencia de Sebastián de Maia, representaba quince mil duros de renta. Las propiedades de Alementejo, habían triplicado de valor. Santa Olavia ocasionaba gastos pero las quintas y propiedades de Lamego valían un Perú.

—¡Tienen mucho dinero!—exclamó con satisfacción.—Y esto, amigo, dígame lo que se quiera, siempre consuela de todo.

Al entrar en el Ramillete Ega sentía una triste nostalgia pensando en el hogar feliz y cariñoso que allí hubo y que se apagara ya para siempre. En la cámara sus pasos le parecían sonar tristemente como en una casa abandonada. Se respiraba un vago olor de incienso y de phenol.

—Esto parece una ruina, Villaça.

—Una ruina muy cómoda todavía—murmuró el procurador.

Entraron en el despacho de Alfonso cuando tocaban las nueve.

Villaça se preparó para empezar su tarea. Ega declaró que se iba á su cuarto para arreglar sus papeles y hacer el balance de dos años de juventud...

Subió. Apenas puso la luz en la cómoda cuando sintió un gemido largo, desolado, de una tristeza infinita. El terror le erizó los cabellos. Aquel gemido venía de los aposentos de Alfonso de Maia. Por fin, reflexionando que la casa estaba llena de gente, se atrevió á dar algunos pasos con el candelero en la mano.

Era el gato. Era el reverendo Bonifacio que ara-

ñaba la puerta del cuarto de Alfonso, mayando dolorosamente. Ega le espantó, furioso. El pobre Bonifacio huyó lento y obeso, pero volvió luego á arañar la puerta y á mayar con un lamento agudo y triste como una voz humana, llorando al dueño perdido que le acariciaba el cuello y que no veía ya.

Ega corrió al escritorio á pedir á Villaça que durmiera aquella noche en el Ramillete. El procurador accedió impresionado por aquel horror del gato mayando. Y volviéndose hacia Ega, que aun estaba pálido, murmuró despacio, gravemente:

—Hace tres años, cuando don Alfonso me encomendó las primeras obras, recordéle que según una leyenda antigua, siempre eran fatales para los Maias, las paredes del Ramillete. Don Alfonso rióse de augurios y leyendas... Pues fatales han sido...

Al día siguiente, llevando los papeles de la Monforte y el dinero que le diera Villaga, Ega subía al primer piso de la calle de San Francisco. Apenas dejaba Ega sobre el sofá la vieja caja de cigarros de la Monforte, cuando apareció María Eduarda pálida, cubierta de luto, tendiéndole ambas manos.

—¿Y Carlos?

Ega balbució:

—Como puede usted imaginar, en un momento de esos... Fué horrible, así, de sorpresa...

Una lágrima tembló en los ojos de María. No conocía á don Alfonso de Maia, ni le había visto nunca. Pero sufría realmente, por lo que sufría Carlos. ¡Lo que Carlos quería al abuelo!

—Fué de repente, ¿verdad?

Ega se entretuvo dando largos detalles de la muerte. Agradeció la corona que ella enviara. Contó los gemidos, la aficción del pobre Bonifacio...

—¿Y Carlos?—repitió.

—Ha ido á Santa Olavia, señora.

Ella se apretó las manos con sorpresa dolorosa.

¡A Santa Olavia! ¿Y sin una carta, sin una palabra? Sentía un temor que la hacía palidecer ante aquella marcha que parecía un abandono. Terminó

por murmurar con una resignación y una confianza que no sentía:

—Sí, con efecto, en estos momentos no se piensa en nadie...

Dos lágrimas corríanle despacio por las mejillas. Al ver aquel dolor tan humilde y tan mudo, Ega quedó desconcertado. Por fin, se levantó, fué á la ventana, volvió y dijo:

—¡No, no es eso, querida señora! ¡Hay otra cosa, hay aun otra cosa! ¡Han sido días terribles para nosotros! Han sido días de angustia.

¿Otra cosa? María esperaba con los ojos fijos en Ega.

Este respiró con fuerza:

—¿Recuerda usted á un tío de Dámaso que vive en París, Guimaraes?

—Sí.

—Hablo de esto, señora, porque Carlos me lo pidió... Dios sabe lo que me cuesta... ¡Es horrible! ¡No sé cómo empezar!

Ella juntó las manos y dijo con angustia:

—¡Hable, por Dios!

En aquel instante apareció Rosa con la muñeca en brazos y *Niniche* al lado. Su madre tuvo un grito de impaciencia:

—¡Vete! ¡Déjame!

Asustada, con los ojos llenos de lágrimas, la niña se retiró.

Ega sentía un deseo de acabar, de acabar en seguida.

—¿Conoce usted la letra de su madre, verdad? Pues bien; yo traigo una declaración de ella. Guimaraes la tenía junto con otros papeles, desde 1870 cuando la guerra. Quería devolvérselos; pero ignoraba donde vivía usted. Un día la vió á usted en carruaje con Carlos y conmigo, y en seguida fué á ver

al procurador de los Maias y le dió esos papeles para que se los entregara á usted. A las primeras palabras que dijo, imagine usted la sorpresa de todos al saber que era usted pariente de Carlos, pariente muy allegada...

Soltó todas estas palabras, de pie, nervioso. Ella apenas le entendía, livida, aterrorizada. Por fin murmuró: "Pero...", Enmudeció de nuevo al ver, asombrada, que Ega desempaquetaba la caja de cigarros de Monforte. Por fin, volvió hacia ella con un papel en la mano y dijo:

—Su madre de usted nunca la dijo nada... Había un motivo muy grave... Había huído de Lisboa abandonando á su marido... Digo esto brutalmente porque no es hora de atenuar las cosas... Usted conoce la letra de su mamá. Esta es letra de ella, ¿verdad?

—Sí—exclamó María queriendo arrebatarse el papel.

—Dispense—gritó Ega retirándolo violentamente. —¡Yo soy un extraño! Usted no puede enterarse de todo eso hasta que yo salga de aquí.

Fué una inspiración providencial que le evitaba el horror de las cosas que María iba á saber. Insistió. En cuanto él saliese comprendería la realidad... Después, sacando del bolsillo los dos pesados rollos de libras y el sobre que contenía la letra sobre París, lo dejó todo encima de la mesa con la declaración de la Monforte.

—Ahora sólo dos palabras. Carlos piensa que usted debería marchar á París. Tiene usted derecho, como lo ha de tener su hija, á una parte de la fortuna de la familia de los Maias, que ahora es la suya. En este paquete hay una letra sobre París para los gastos inmediatos. El procurador de Carlos ha tomado ya un coche-salón. Cuando se decida á

marchar ruégole que envíe un recado al Ramillete para ir yo á la estación... Creo que esto es todo. Y ahora debo dejarla...

Y le tomó la mano inerte y fría:

—¡Todo es una fatalidad! Usted es joven, aun le queda mucho que ver en la vida. Tiene á su hija que la consolará de todo. Nada más he de decirle.

Sofocado besóle la mano que ella le abandonaba, sin conciencia, ni voz, de pie, envuelta en su negro luto, con la lividez inmóvil de un mármol, y huyó.

—Al telégrafo—gritó abajo al cochero.

Únicamente en la calle del Oro empezó á serenarse, quitándose el sombrero y respirando con fuerza. Y se repetía á sí mismo todos los consuelos que podía dar á María Eduarda. Era joven y hermosa, su pecado fué inconsciente. El tiempo calma todo dolor. Y en breve, ya resignada, se encontraría con una familia seria y una gran fortuna en ese bullicioso París, donde unos lindos ojos, acompañados de unos miles de francos, ejercen siempre una gran fascinación...

—Es viuda y rica—acabó por decir en voz alta en el coche.—¡Hay cosas peores en la vida!

Al salir del telégrafo despidió el coche y se fué á pie al Ramillete, á escribir la carta que prometiera á Carlos. Villaça estaba ya instalado, revolviendo papeles y ajustando las cuentas á los criados. Comieron tarde. Y fumaban junto á la chimenea en la sala Luis XV, cuando un criado dijo que una señora pedía por el señor Ega. Fué un terror. Imaginaron alguna resolución desesperada de María. Ega bajó temblando. Era Melanie, con una carta de madame.

A la luz del farol, Ega leyó: "Mañana parto para París."

Ega quiso saber cómo estaba la señora. Luego